

Notas de coyuntura

América Latina: hacia una nueva geometría política

*José Luis Reyna**

Planteamiento

AMÉRICA LATINA EXPERIMENTA UN VIRAJE EN CUANTO A SUS preferencias electorales. No se puede hablar de una pauta estructurada pero sí de una tendencia que se acentúa con el tiempo: elegir gobiernos que podrían ubicarse en lo que genéricamente se llama el “centro-izquierda” de la geometría política latinoamericana. Hay una especie de rechazo a lo que se podría considerar la “derecha” tal vez por la asociación que se hace con el modelo neoliberal, cuyos resultados han favorecido a un grupo pequeño de la sociedad y han marginado, de manera creciente, a amplios segmentos de población. Sin embargo, el asunto es que, más que izquierdas y derechas, en la actualidad se tiene una tensión que oscila entre el autoritarismo y la democracia. Los demócratas pueden cubrir toda la geometría política al igual que los autoritarios, sin ser demócratas. Todos pueden recorrer el camino desde la derecha extrema a la izquierda radical. Hace unas cuantas décadas esta división hubiera sido impensable porque la polarización social se encontraba entre una izquierda que quería tomar el poder, desplazando a una derecha que lo detentaba y además ostentaba el manejo de la economía. Hay un cambio cualitativo importante al respecto y ése es el objetivo principal de estas notas de coyuntura.

* Agradezco al prof. Francisco Zapata sus comentarios para la elaboración de este artículo. Obviamente él no es responsable de los errores que se hayan cometido.

Del binomio izquierda-derecha al binomio democracia-autoritarismo

Hablar de izquierda, centro y derecha, no tiene la misma connotación que imperó en el siglo xx, particularmente a partir del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. El concepto de izquierda se definía como aquellos grupos de la sociedad que mediante un movimiento político y armado se impusieran a un grupo dominante que les explotaba y dominaba: en suma, el proletariado y la burguesía. Los pobres contra los ricos. La Revolución Cubana inspiró e influyó a muchos para desarrollar una “estrategia revolucionaria” que contemplaba, al final del camino, la utopía del socialismo. Sociedades igualitarias o, si se quiere, con el mínimo posible de desigualdad.

No obstante, mucho antes de que los guerrilleros de La Sierra Maestra de Cuba derrocaran a Batista, los gobiernos latinoamericanos, en general, tenían más bien los golpes de Estado que eran fraguados con tanta frecuencia por los mandos medios y superiores de los ejércitos. El golpe de Estado fue de uso reiterado en la región durante el siglo xx, lo que constituyó una preocupación para la clase política dirigente de muchos países. El uso de la fuerza para desalojar un gobierno puede ser explicado por la debilidad de las instituciones civiles, la escasa participación ciudadana y por el poder de facto que los militares detentaron antes de que emergiera y se consolidara el régimen democrático en toda la región. Habría que agregar que, en muchas ocasiones, el gobierno estadounidense los promovía con el fin de erradicar todo aquello que “oliera” a comunismo. Los tiempos de la guerra fría.

Había, empero, otra preocupación: el posible levantamiento de “las masas” en aras de reivindicar su condición social, generalmente deteriorada y marginada de los beneficios del desarrollo. Como lo diría con tanto acierto un estudioso de la obra de José Ortega y Gasset respecto del libro de éste, *La rebelión de las masas*: “la rebelión de las masas sería la reacción del hombre común, no contra una minoría ejemplar, sino contra la clase privilegiada (...) que percibe los beneficios del mando junto con el usufructo de los bienes materiales”. Puede añadirse a lo anterior que “el fracaso de las minorías dirigentes era conducente a un régimen de estancamiento y privilegio por no ocuparse (...) de las masas”.¹ Los movimientos sociales “desde abajo”, la “rebelión”, eran una realidad latente que no podía soslayarse. Es por ello que se volvió célebre la frase del brasileño Antonio Carlos, pronunciada en 1930, pues pavimentó el camino para el populismo en muchos países de la región: “hagamos la revolución antes que el pueblo la haga” (Weffort, 1980:15).

¹ La cita corresponde al filósofo argentino Francisco Romero, quien a su vez es citado por Mermall (1998).

El reto de algunos gobiernos en el siglo pasado era movilizar a las masas para que apoyaran al Estado y, en su vinculación con éste, neutralizar todo afán que pudiera romper el “orden de cosas existente”. En este punto se encuentra la idea básica del “populismo clásico” o “histórico” cuyo propósito era, a fin de cuentas, encauzar a las masas hacia las entrañas del Estado. Instrumentar esto significaba su control político. Las clases dominantes movilizaban a las masas, a los sectores populares que cumplían la delicada función de apoyar al Estado. El populismo, desde esta perspectiva, era una medida preventiva pero a la vez incluyente de vastos sectores de la sociedad. Ahí están los ejemplos del Brasil de Vargas, el México de Cárdenas y la Argentina de Perón.

La definición de izquierda y derecha, empero, era clara. La tensión entre las clases sociales era manifiesta. La izquierda consistía en que el segmento más amplio de la sociedad, el de los pobres y sin acceso a la propiedad de los medios de producción, sería liderado por una dirigencia militante y partidista con el fin de derrocar a la derecha que ocupaba las posiciones clave del Estado y, además, poseía los medios de producción. El centro, mientras tanto, era una entelequia más que una posición, pues la sociedad latinoamericana, aunque había experimentado un ensanchamiento relativo de sus sectores (o clases) medios, tendía a la polarización política y social de sus actores.

Sobra decir que durante la mayor parte del siglo pasado América Latina tuvo regímenes autoritarios, con contadas excepciones. Esto dio lugar también a que ante la “inmovilidad” del proletariado, consecuencia y logro de la acción del Estado para neutralizarlo, se escogiera una vía alternativa para lograr el objetivo de la izquierda, la revolución: la guerrilla. Cuba era el ejemplo y muchos lo emularon, sin que ocurriera algo comparable como lo que sucedió en la isla. Por casi toda América Latina hubo focos guerrilleros y ninguno de ellos pudo alcanzar lo que en Cuba se hizo (Huntington, 1991).

Todo ciclo tiene un fin. La guerrilla y la revolución como medios para alcanzar el poder y establecer el socialismo se extinguieron paulatinamente en toda la región. Las dictaduras y los regímenes autoritarios fueron reemplazados por una nueva ola democrática² que replanteó las reglas del juego de la política y remodeló los sistemas políticos (Bambirra, 1971). Las instituciones empezaron a tener un mayor peso en los procesos políticos, la ciudadanía obtuvo su acta de nacimiento y la democracia electoral se extendió por todos los confines de la región. Quedaba atrás un ciclo y empezaba otro, cuyo rasgo más distintivo era que el régimen de gobierno caía dentro del ám-

² Bambirra (1971) expone la actividad guerrillera que hubo en la región en los años sesenta. Para el caso mexicano, puede consultarse a Zapata (2004).

bito político en tanto que el mercado se insertaba en el campo de la economía y los dos se complementaban para conformar un nuevo modelo, un sistema remodelado.

El proceso de democratización, más sólido en algunos países que en otros, abrió el camino de la participación política y en muchos países, como por ejemplo México, se eligió por primera vez y sin cuestionamientos a sus gobernantes por la vía de las urnas. Experiencia reciente. En la región, hay países cuyo cimiento democrático es sólido como el caso de Chile y, en otros, frágil como podría ser el caso de algunos países andinos (Bolivia y Ecuador) e incluso México. La economía, mientras tanto, experimentó un cambio importante al pasar de un modelo proteccionista, ampliamente dependiente de la intervención del Estado, a otro que se ha denominado neoliberal y en el que las leyes del mercado son las que hacen funcionar la economía en su conjunto. En otras palabras, en la “época del autoritarismo” la frontera entre política y economía era endeble, en tanto que en el neoliberalismo hay una virtual separación de la política y la economía.

La economía, sin embargo, es algo demasiado importante para que quede al margen del Estado y en manos de los capitalistas. El Estado tiene que intervenir de alguna manera, ya sea para fijar una política monetaria, el control de la inflación, la regulación del gasto, e incluso, como en el caso mexicano, no perder el control de algunos sectores estratégicos como sería el caso del sector energético. No puede haber una separación tajante de estos dos ámbitos.

La intervención del Estado en la economía es un punto que polariza a los grupos económicos y sociales. Bolivia, por ejemplo acaba de (re)nacionalizar su sector de hidrocarburos, después de que éste fue privatizado *después* de la primera nacionalización que ocurrió en 1936. En México hay un tórrido debate en torno a la participación del capital privado en la explotación petrolera. Se ha propuesto una reforma estructural al respecto, la cual no ha sido aprobada por el Congreso. La nacionalización del petróleo mexicano tiene todavía, al cabo de 68 años desde que la decisión fue tomada, una fuerte carga ideológica en amplios sectores de la población. El presidente Cárdenas y el petróleo son iconos que la globalización y el adelgazamiento del Estado han sido incapaces de trastocar y, menos aun, de reemplazar.

Este debate particular desvela posiciones ideológicas: en el caso mexicano, quienes se oponen a una reforma estructural son una especie de nacionalistas “trasnochados” de acuerdo con aquellos cuya orientación es “privatizadora” y dispuesta a abrir, de par en par, las puertas al capital privado. En el pasado, se les hubiera encasillado, respectivamente, en las categorías de izquierda y derecha. En la actualidad, esa expresión de la geometría política no tiene mucho sentido. Tal vez sería mejor obsequiarle el nombre de progre-

sistas (los nacionalistas) y no progresistas (los privatizadores). Unos y otros, pese a sus rasgos distintivos pueden clasificarse como demócratas.

Viene a colación lo anterior porque los regímenes políticos con su reciente conformación democrática, su sistema de partidos y la ciudadanía con sus preferencias electorales no diferencian entre una izquierda y una derecha, como antes. Los demócratas abarcan, en todo caso, todo el espectro político: pueden ir, como se anotaba arriba, de la izquierda a la derecha pasando por el centro. Puede haber demócratas de derecha y de izquierda como hay grupos o segmentos de rasgos autoritarios de derecha y de izquierda.

Los procesos políticos y las tendencias económicas de la globalización diluyen el espectro político del pasado y lo sustituyen más bien por una definición que yace en el binomio democracia-autoritarismo. Lo que difiere, dentro del rubro democrático, son los proyectos de nación que un líder y su partido pueden llegar a proponer. Difieren también las bases en que esos proyectos se sustentan, aspecto que se abordará un poco más adelante. De esto puede desprenderse que la democracia puede tener muchas variantes, haciendo del concepto algo complejo y de los regímenes políticos una diversidad que puede caracterizarse por la pluralidad de grupos y propuestas que se desplazan por todo el espectro de la geometría política.

Dentro de la democracia, existen proyectos de nación que recuperan la idea de que el objetivo fundamental de la política económica es elevar el nivel de vida de una sociedad, poniendo el énfasis en ayudar a los más pobres: la política social de corte asistencial. Hay otros que, sin alejarse de este aspecto, se orientan más a impulsar el crecimiento y definir una política redistributiva sobre la base de reformas fiscales y estructurales, pero no asistenciales.

La geometría política latinoamericana del pasado se ha desdibujado y ha sido sustituida por otro espectro político que no puede pasar por alto la internacionalización de los mercados ni la globalización de la política. Ya no puede hablarse de una izquierda compacta y homogénea, como antes, cuando la polarización política y social trazaba con claridad los ámbitos de influencia de los “polos”.

Ahora la geometría es más compleja. Si se habla de izquierda en América Latina, se encuentra que ésta se ha diversificado y sus diferencias son tan marcadas que los comunes denominadores, de hecho, son escasos o casi inexistentes. Fernando Cardoso, ex presidente de Brasil (1995-2002), diferencia entre una izquierda moderna y una izquierda populista (Cardoso, 2006). La primera podría ser ejemplificada con el caso de Chile (Ricardo Lagos y Michelle Bachelett) en tanto que la segunda encuentra su icono representativo en el mandatario venezolano Hugo Chávez, que a pesar de que la institución presidencial que ocupa tiene rasgos democráticos, su gobierno es populista. El Esta-

do es el rector del crecimiento económico y sostiene posturas que en el siglo pasado se habrían tildado de furibundo anti-imperialismo.

La historia electoral reciente de América Latina insinúa que las orientaciones ciudadanas, en el marco democrático y en el contexto global, experimentan un viraje hacia la izquierda. En el pasado reciente ha habido triunfos limpios y contundentes de lo que podríamos llamar una izquierda moderna, como la de Chile, y de una izquierda populista representada por Bolivia y su presidente Evo Morales, quien al nacionalizar como un acto soberano, evocó a los fantasmas de la izquierda del pasado, la de la confrontación.

América Latina ha observado el ascenso de líderes de izquierda como Lula en Brasil. Este obrero metalúrgico, que se opuso a los militares durante la dictadura al declarar la huelga en diversos centros de trabajo, despertó el temor de la clase económicamente dominante pero, independientemente de su origen político y de “izquierda”, ha adecuado sus políticas económicas a las reglas ortodoxas del mercado, sin que haya habido una respuesta contraria por parte de los dueños del capital.

Durante su campaña y después en el transcurso de su administración, la prioridad siguen siendo los segmentos sociales menos favorecidos, que como se sabe son los más, pero sin alterar la inserción de Brasil hacia fuera ni afectar los intereses capitalistas adentro.

No puede soslayarse la Argentina de Néstor Kirchner ni el Uruguay de Tabaré Vázquez. Son dos sociedades cuyos indicadores socio-económicos (escolaridad, nivel de vida) se ubican en los rangos altos de los países de la región y sus sociedades respectivas han preferido elegir gobiernos que se acercan más a la “izquierda”. El pasado 25 de mayo, fecha patria argentina, el presidente argentino encabezó una concentración a la que acudieron alrededor de 200 mil personas. Kirchner puso la fuerza de su discurso en ese nuevo ingrediente de la geometría política democrática, para darle un nombre: la construcción de un país más plural y más diverso (Almeyra, 2006). Es un proyecto incluyente en el que las posiciones políticas del pasado se integran dando lugar a otra perspectiva política bajo la bandera de las democracias en plural. El Presidente Vázquez en la búsqueda por la superación de su país, puede tener una política social que privilegia en muchos sentidos a los más desprotegidos, lo que no le impide que negocie con Estados Unidos un acuerdo de libre comercio entre los dos países.

En suma, la democracia ha redefinido el espectro político. Ha superado la dicotomía de pobres contra ricos y la revolución como el medio para superar las contradicciones entre ambos. Y pese a que en casi todos los países de la región se generaliza el problema de la pobreza, de la indigencia, en la democracia actual —con sus defectos y debilidades— se aprecia un proceso de

pluralización en el que actores diversos, de signos políticos distintos, e incluso contrarios, hacen del quehacer político una actividad más compleja. La globalización impone retos de competencia y productividad, y la democracia de representación y gobernabilidad.

Falta recorrer un buen trecho para afirmar contundentemente que la democracia de la región se ha consolidado. Después de tantas décadas de dictaduras, la democracia como régimen se convirtió en una especie de panacea: los problemas atávicos de nuestras sociedades serían resueltos por el simple hecho de que la coerción como mecanismo central de gobierno se desechaba, pues la participación ciudadana por la vía del voto orientaría a los gobiernos electos para definir e instrumentar las políticas económicas que permitieran elevar el nivel de vida de las sociedades. Sin embargo, los problemas de la pobreza, el desempleo y la desigualdad siguen presentes y su solución no se dará en el corto plazo. Por tanto, una parte de la ciudadanía se ha decepcionado del régimen político casi recién estrenado. Tan es así que, en un estudio realizado hace poco, 54% de los entrevistados en 18 países de América Latina, preferiría regresar a los regímenes del pasado, al autoritarismo, siempre y cuando éstos garantizaran un incremento en la calidad de vida de la sociedad (PNUD, 2004).

La democracia irrumpe en América Latina con la elección del Presidente Raúl Alfonsín en 1983. Su elección desplazaba a un grupo de militares golpistas y genocidas. A partir de ese año paulatinamente el régimen político democrático fue generalizándose por todos los países de la región, con la excepción de Cuba cuyo sistema político sigue aferrado al socialismo. Irrumpe en un contexto de crisis económica. Hay que recordar que la década de los ochenta se le ha llamado la “década perdida” de América Latina. Pero nace. Empieza la construcción de instituciones que tienden a dejar atrás a aquellas que se desarrollaron durante la época autoritaria. Lo anterior puede demostrarse empíricamente al considerar el periodo que va de 1984 a 2004. En estos veinte años, 15 presidencias, legítimamente electas, fueron interrumpidas por diversas causas a pesar de que el común denominador de todas ellas fue la protesta social y la corrupción. Los quince casos (Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Perú, entre otros, experimentaron la interrupción de sus administraciones presidenciales) fueron resueltos, sin excepción, por la vía institucional y no por la alternativa militar. El ejército pudo haber tenido alguna influencia, pero en ningún caso una intervención directa. Quiere decir lo anterior que, aunque la democracia en la región todavía es vulnerable, los mecanismos constitucionales e institucionales se activaron para resolver la interrupción sin acudir a la fuerza militar o física. Los golpes de Estado, en una palabra, tienden a extinguirse.

Lo anterior tiene como propósito señalar que la mayoría de los países de la región siguen en el camino de consolidar sus respectivos regímenes (Chile y Costa Rica, dos de los más avanzados al respecto) pero también tiene el objetivo de subrayar la causa: la protesta social, como se anotaba líneas arriba, “dirigida contra la política neoliberal” (Negretto, 2006). El cambio de “modelo económico” y por tanto de las políticas que se desprenden del mismo ha creado una insatisfacción que, en la democracia, se torna en protesta y en una orientación marcada por preferir aquellas alternativas políticas que consideren a los más desprotegidos. En este punto puede plantearse que la preferencia por la “izquierda” en la región tiene que ver con la exclusión social, a diferencia de antes que se daba el fenómeno contrario: se incluía aunque no necesariamente se redistribuía. Este argumento obliga a revisar, aunque de manera esqueta, el fenómeno del populismo y sus expresiones en América Latina.

El populismo tiene varias expresiones, no es unívoco

El populismo, como práctica política, tiene una variedad de expresiones. No es un concepto unívoco. En el siglo pasado, empezando con el régimen de Vargas en Brasil durante la segunda mitad de los años treinta, podría entenderse gruesamente como una alianza en donde los “de abajo” servirían de soporte a los de “arriba”. Para ello era necesario el uso indiscriminado de los recursos públicos con tal de asegurar ese apoyo. Además, las políticas económicas generaban incertidumbre. El endeudamiento excesivo, para financiar esa “alianza”, era fundamental para mantener el “orden vigente”. La inflación, por lo general, escapaba del control de las instituciones gubernamentales y la inestabilidad monetaria era un signo que caracterizaba el populismo “tradicional”, generalmente encabezado por un líder carismático y no pocas veces mesiánico (Dornbusch y Edwards, 2002).³

Sin embargo, el populismo se ha desarrollado y el desenlace de este proceso es que puede asumir diferentes expresiones. Sirva el caso del Presidente chileno Salvador Allende (1970-1973) donde su “populismo” provino de la izquierda en la búsqueda por establecer el socialismo. Para contrastar, podría traerse el caso de Perón cuyo populismo, aunque mucho más tradicional que el de Allende, provino de la “derecha militar” (Bazdresch y Levy, 2002).

En tiempos más recientes el populismo incluso ha adoptado expresiones neoliberales. A principios de los noventa, los ejemplos de Fujimori en Perú y

³ En la introducción a este libro se elabora una crítica a la macroeconomía del populismo.

de Menem en Argentina muestran que la unicidad del concepto puede experimentar una diferenciación al considerar que hay una expresión política y otra económica de esa polémica práctica política (Paramio, 2006). El populismo no necesariamente conduce al desastre económico y financiero como muchos propagan. La Venezuela de Hugo Chávez, de acuerdo con datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), creció nueve por ciento en 2005. En este año, otras economías, encabezadas por gobiernos de “izquierda”, diferentes entre sí también, tuvieron desempeños notables. La CEPAL difundió que Argentina creció más de 8%, en tanto que Chile y Uruguay a una nada despreciable tasa de 6%. México, cuya administración presidencial se define abiertamente contra cualquier tipo de populismo, creció el año pasado a un magro 3.5%. Colombia, que comparte con México algunos rasgos políticos en este punto creció al 4 por ciento.

Todo gobierno, incluyendo los de corte democrático, tienen que tener una dimensión populista: no descuidar la política social. América Latina es una región donde los niveles de pobreza son altos, y aunque hay programas que han tenido éxito en su disminución, como en Chile durante la presidencia de Ricardo Lagos (2000-2006), el combate a este problema tomará tiempo y recursos.

Tal vez lo que puede ser criticable del populismo, que no de la izquierda, es que aquellos que lo practican (al estilo Fujimori, Menem e incluso Chávez) pretendan alterar la trama democrática del sistema político. Que intenten modificar la función de las instituciones democráticas con el fin de encontrar un camino sin obstáculos para ejercer un poder personal omnímodo. La prueba más dramática es la de Fujimori cuando en 1992 disolvió el Congreso peruano para no tener escollos en su particular mandato. De esta manera, al alterar el funcionamiento de las instituciones que la democracia ha construido, existe la posibilidad que devengan dictadores o líderes mesiánicos, como parece ser el caso del actual mandatario venezolano.

En este contexto puede inscribirse el argumento que sostiene que el mercado puede funcionar bien (la bolsa de Valores de Venezuela creció 54 por ciento en 2005) pero el régimen político, en contraste, tiende a girar más en torno a una persona que hace del poder un objetivo esencial, en donde incluso el tiempo no tendría cabida. De nueva cuenta sirva el ejemplo de Chávez, quien desea hacerse presidente vitalicio por “la vía democrática”. En las formas, no se despegas de los principios democráticos. En su desempeño, esos principios quedan al margen. Su propuesta a los venezolanos de un referéndum tiene la intención de saber si puede (o no) perpetuarse en el cargo.

La historia de la región demuestra que es difícil la construcción de un orden democrático. Alterar este arduo proceso de desarrollo institucional es

lo que hace criticable al populismo. No lo es que tenga una dimensión asistencial ante la falta de oportunidades de amplios segmentos de la población y la ineficiencia gubernamental de generar los empleos que una sociedad determinada necesita. El desdoblamiento del populismo en un lado político y otro económico permite, desde un punto de vista conceptual, evaluar el desempeño gubernamental. Es posible que, en la medida que uno y otro se apegaran respectivamente a los principios democráticos y a las leyes del mercado, se encontrara una fórmula tentativa para encauzar a los gobiernos a mayores grados de legitimidad y eficiencia.

La vieja geometría electoral vs. un espectro político plural

A principios de 2006, dos candidatos de “izquierda”, completamente diferentes en cuanto a su proyecto de nación, ganaron las elecciones en sus respectivos países: Michelle Bachelett en Chile y Evo Morales en Bolivia. En efecto, mientras que el proyecto de Chile tiene una base sólida en cuanto a su economía y una democracia robusta que permite la canalización de las demandas sociales al entramado institucional, Bolivia es un país pobre, con instituciones débiles y una economía que no puede satisfacer las necesidades básicas de su sociedad. Se trata de gobiernos de “izquierda” pero los proyectos de nación que se definen están en función del nivel de desarrollo económico y el grado de consolidación democrática. De ahí que no pueda haber un modelo de proyecto homogéneo; por el contrario son diversos e incluso contradictorios.

En este mismo año se llevarán a cabo (algunas ya han tenido lugar) nueve elecciones presidenciales. Encontraremos en las plataformas de cada una de ellas proyectos y propuestas diversas. Costa Rica, Perú, Colombia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, México y Venezuela pondrán a prueba el aserto anterior.* Independientemente de esto, se trata de un año de efervescencia electoral, pero también un año en el que un viraje hacia la izquierda puede consolidarse y hacer de América Latina una región diferente. En un reportaje del diario estadounidense *The New York Times*, su autor sostuvo como argumento central que “en los últimos años, los partidos políticos de izquierda así como diver-

* Nota de la revista. Para la fecha de publicación de este texto (marzo, 2007), las elecciones en esos países ya se habían llevado a cabo. De acuerdo con lo dicho en el artículo, los resultados de las mismas fueron como sigue: Costa Rica, Óscar Arias (derecha); Perú, Alan García (izquierda); Colombia, Álvaro Uribe (derecha); Brasil, Luis Inácio Lula Da Silva (izquierda); Ecuador, Rafael Correa (izquierda); Nicaragua, Daniel Ortega (izquierda); México, Felipe Calderón (derecha); y Venezuela, Hugo Chávez (izquierda).

sos movimientos sociales han emergido con una fuerza que no tiene paralelo en la historia reciente de la región” (Forero, 2005).

Una explicación tiene que ofrecerse al respecto. Ésta sugeriría que la ciudadanía está usando el mecanismo democrático del voto para exigir más a los gobiernos que encabezan las distintas sociedades de la región. El libre comercio y las políticas neoliberales no han resuelto, como la teoría al respecto insinúa, los problemas de la pobreza, la desigualdad social y la falta de oportunidades para obtener empleos. Ese viraje hacia la izquierda puede leerse como una forma de plantear demandas que se cumplan, que no pasen inadvertidas por el Estado y, por tanto, se procesen y no queden a la deriva, como hasta ahora —casi por regla general— ha sido el caso en la mayoría de los países de la región.

No se trata de demandas, como ocurría en los años sesenta y setenta, que rebasaban los linderos institucionales. Los actuales no son reclamos que asumen formas que trascienden las instituciones para disminuir la inequidad y elevar el bienestar social. Como se apuntaba líneas arriba: la guerrilla y la revolución quedaron obsoletas. Esa vía se agotó; demostró su inutilidad, tal como lo evidencian tantos intentos que se hicieron por toda América Latina hace unas cuantas décadas. Cuba es la excepción del triunfo de una revolución pero, por las razones que sean, su sociedad no ha logrado los avances que la teoría indicaba, pese a sus mejoras significativas en las áreas de educación y salud.

Hoy en día el reclamo tiene una vía institucional. Aun cuando hay indicaciones que la sociedad de América Latina está, en alguna medida, decepcionada y frustrada de la democracia porque no ha traído las mejoras esperadas o deseadas, el punto que se quiere subrayar es que las urnas están funcionando como canales para hacer viables y elevar la probabilidad para que las demandas se conviertan en logros. Podría decirse que la apuesta de la ciudadanía latinoamericana es por la izquierda, entendida como el intento de beneficiar a las mayorías, que son las que menos tienen. Su plataforma política, mejor definida en algunos países que en otros, contiene elementos que pueden alejar del letargo a los distintos países de la región y elevar las oportunidades para alcanzar mejores niveles de bienestar, desarrollo y crecimiento. La región en su conjunto, si bien ha crecido más en 2005 que en años anteriores, tiene una pauta de desenvolvimiento, en promedio, menor que el resto del mundo, de acuerdo con la CEPAL (Délano, 2005). Nada más compárese el crecimiento promedio de América Latina de alrededor de 4 por ciento, con el de China, que ha crecido en los últimos lustros a una tasa de 9 por ciento anual.

La apuesta de los venezolanos por Chávez fue ésa, aunque con el tiempo ese gobierno haya adoptado formas populistas envueltas en una retórica caduca. Atenta contra las instituciones democráticas. Los argentinos repudiaron a

los gobiernos neoliberales, el de Menem más que a todos, y eligieron a un presidente, Nestor Kirchner, cuyas políticas han permitido un reacomodo de los distintos actores políticos, económicos y sociales, después del desastre que dejó el ex presidente Menem. Argentina ha retomado la ruta del crecimiento y aunque todavía falta recuperar mucho de lo que tuvo, su perspectiva actual es más halagüeña si se la compara con la de unos cuantos años atrás.

No puede soslayarse la asunción de Luis Inácio Lula Da Silva en Brasil, en 2002, un líder obrero, que ha definido la reducción de la pobreza como el objetivo principal de su administración, sin contradecirse con las leyes del mercado y el libre comercio; por tanto, el temor inicial que tuvo Estados Unidos sobre su gestión paulatinamente se ha ido diluyendo. En Uruguay se impuso también, el año pasado, un candidato de orientación izquierdista (Tabaré Vázquez) quien, hasta ahora, tiene un alto grado de aceptación por la sociedad de ese país, por cierto, de larga trayectoria democrática.

Es probable que lo que podría denominarse la nueva izquierda latinoamericana tienda a consolidarse en este año de 2006. Chile inauguró el año con un triunfo de la candidata de la Concertación por la Democracia y afín al Presidente Ricardo Lagos, aunque no puede desdeñarse que los segmentos de centro-derecha de ese país conservan una fuerza electoral que, en conjunto, se acerca al 50 por ciento del electorado. Perú podría seguir en la trayectoria señalada, pues el líder de un movimiento étnico, Ollanta Moisés Humala, puede derrotar a Alan García.

El viraje hacia la izquierda que experimenta América Latina y que puede ampliarse tiene varios denominadores comunes: los líderes electos y algunos de los aspirantes a las primeras magistraturas comparten una fuerte orientación a la igualdad social, y un alejamiento de lo que se conoce como el Consenso de Washington: privatizaciones, libre comercio, disciplina fiscal entre otras cosas. Hay una preocupación, sana podría decirse, por robustecer el mercado interno y sobre todo una mayor preocupación relacionada con los sectores más desprotegidos de la sociedad latinoamericana. En otras palabras, el neoliberalismo que equivale al consenso de Washington puede tener buenas intenciones, pero no ha mostrado la eficiencia suficiente para enfrentar los grandes retos de la región: abatir la pobreza, generar empleos y promover el crecimiento económico. No es fortuito que el flujo migratorio de los mexicanos y centroamericanos hacia Estados Unidos, pese a que se intente sellar y militarizar la frontera, siga creciendo día con día.

Los resultados de las elecciones de 2006 serán cruciales para saber si el electorado de la región latinoamericana en efecto está inclinándose a una opción de izquierda ante la escasez de resultados del modelo neoliberal y los líderes que intentaron impulsarlo. Es probable que ese viraje continúe, pues

después de dos décadas de libre comercio y los gobiernos que lo impulsaron, pocos resultados se han hecho tangibles. Esa preferencia electoral, de consolidarse, podría definir un nuevo mapa político en la región, que cambiaría su fisonomía y redefiniría las relaciones con Estados Unidos.

Breve conclusión

Una de las transiciones que ha experimentado América Latina es aquella que recorre el camino de una geometría política definida a una en que se entrecruzan la democracia y el autoritarismo. En este contexto, sin embargo, es posible ubicar actores políticos de derecha, centro e izquierda, pero las connotaciones del concepto ya no son las que imperaron por tanto tiempo: la polarización de dos fuerzas, la que propugnaba por el cambio, incluso por la vía de la revolución, contra la que ejercía el poder (una minoría) y poseía los medios de producción. Ahora no sólo es más difícil definir si un actor puede ubicarse en determinada posición del espectro político sino que, cuando se acude a la categoría “demócrata”, ésta por sí sola puede ir de uno a otro polo: de una izquierda radical a una derecha extrema, pasando por los escalones intermedios del espectro.

Además, puede afirmarse que, desde un punto de vista analítico, saber si alguien es de tal o cual posición resulta ser un esfuerzo un tanto vacuo. De esta manera la izquierda en la actualidad puede tener una diversidad de expresiones que conforman un mosaico heterogéneo más que un todo armónico (Bobbio, 2001). Por esta razón es que la vieja geometría política en poco contribuye a un buen análisis. Por lo mismo, se torna importante acudir a otras categorías como el binomio democracia-autoritarismo o el populismo y sus variantes, sin perder de vista que América Latina, como región, enfrenta todavía un proceso de consolidación democrática y, por otro lado, está inserta en un mundo globalizado que hace que el mercado y los regímenes políticos tengan que ser analizados por el cruce estos dos fenómenos.

En este contexto se dio otra transición: del modelo proteccionista, con una intervención significativa del Estado, a otro de corte neoliberal en que el Estado, si bien presente, juega un papel menos contundente que en el pasado. El mercado, en la época proteccionista, era regulado por el Estado. En el segundo caso, su desempeño se ajusta a sus propias leyes: la oferta y la demanda.

Junto con el advenimiento de una democracia, tierna todavía en la mayoría de los países de la región, el voto ha cobrado importancia, aunque hoy

en día la ciudadanía es más electoral y no ha alcanzado el status de ciudadanía social (Marshall, 1965). Sin embargo, a diferencia del pasado, el voto cuenta y por esta vía institucionalizada se eligen gobiernos más por proyectos de nación que por su ubicación en la geometría política.

Viene a colación lo anterior porque una nueva tendencia se observa en los albores del siglo xxi: el viraje hacia la izquierda con sus distintas variantes e incluso la identificación de vastos sectores de la población con el populismo, también con sus varias expresiones. Éste, el populismo, puede ser consecuencia de un mal desempeño de los partidos políticos, lo que trae consigo una crisis de representación (Paramio, 2006). El populismo trasciende al sistema de partidos y, desde cierta perspectiva, podría funcionar como un mecanismo compensatorio al déficit de representación.

La nueva tendencia es que en un buen número de países la preferencia de las sociedades se está volcando hacia esa izquierda “pluralizada”. El voto puede favorecer a un candidato de izquierda tradicional (Bolivia) o a uno moderno (Chile). La hipótesis que más ha circulado para explicar este fenómeno es, por una parte, lo que se llamado la decepción democrática. Por otra, se trata de una protesta social en contra de un modelo económico que, de sobrevivir, tendrá que hacer esfuerzos enormes para superar las condiciones de pobreza y desigualdad en que se encuentra sumida la región. La decepción y los problemas de siempre permiten que interactúen la economía y la política y que se ponga en discusión la relación entre el régimen político y el mercado.

Se trata de una tendencia que, de continuar y bajo el supuesto de que se consolide, haría de muchos países de la región una especie de bloque que tendría un margen de maniobra en el contexto internacional, en particular respecto de Estados Unidos. No todos los países se inscriben en esta corriente. México y Colombia, por ejemplo, estarían en el lado contrario.

Es deseable hacer una investigación al respecto. Lo que se ha pretendido en estas líneas es plantear un problema para después esbozar las explicaciones, ponerlas a prueba empírica y desprender las explicaciones que permitan comprender mejor esta problemática inédita para la región latinoamericana.

Recibido y revisado: junio, 2006

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/C. P. 10749 México,
D. F./correo electrónico: jreyna@colmex.mx

Bibliografía

- Almeyra, Guillermo (2006), "Argentina: un balance provisorio", México, Política, *La Jornada*, 28 de mayo.
- Bambirra, Vania (1971), *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago de Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, 2 vols.
- Bazdresch, Carlos y Santiago Levy (2002), "El populismo y la política económica de México, 1970-1982", en Dornbusch y Edwards (2002:255-300).
- Bobbio, Norberto (2001), *Derecha e izquierda*, Madrid, Punto de Lectura.
- Cardoso, Fernando Henrique (2006), "Entrevista [a Fernando Henrique Cardoso]", Chile, *La Tercera*, 28 de mayo.
- Délano, Manuel (2005), "América Latina ha crecido un 4.3% en 2005", España, Sección Economía, *El País*, 18 de diciembre.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (comps.) (2002), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Forero, Juan (2005), "Latin America Looks Leftward Again", Estados Unidos, Late Edition-Final, Section 4 (The World), *The New York Times*, 18 de diciembre, p. 4.
- Huntington, Samuel (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman (Oklahoma), University of Oklahoma.
- Marshall, T. H. (1965), *Class, Citizenship and Social Development*, Nueva York, Doubleday.
- Mermall, Thomas (1998), "Introducción", en José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, Clásicos Castalia, pp. 7-83.
- Negretto, Gabriel L. (2006), "Las presidencias interrumpidas en América Latina", México, *Nexos*, abril, pp. 59-63.
- Paramio, Ludolfo (2006), "La Izquierda y el Populismo", México, *Nexos*, marzo, pp. 19-28.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2004), *Informe sobre el desarrollo de la democracia en América Latina*, Nueva York, Naciones Unidas, PNUD.
- Weffort, Francisco (1980), *O Populismo Na Política Brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Zapata, Francisco (2004), "¿Democratización o rearticulación al corporativismo?: El caso de México", México, El Colegio de México (versión preliminar).